



# El color del miedo

## Simona Tanzini



DESTINO

# El color del miedo

Simona  
Tanzini

Traducción de  
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1541

Título original: *Conosci l'estate?*

© Sellerio Editore, Palermo 2020

Publicado de acuerdo con Sellerio Editore S.L. a través de The Ella Sher Literary Agency

© por la traducción del italiano, Juan Carlos Vitale Gentile, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional italiano.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano.

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-233-5981-3

Depósito legal: B. 6.358-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Martes, 1 de agosto

Tres por tres. Aquí dicen que la regla es esta: tres días de siroco, tres veces al año. Vivo en Palermo desde hace once meses —once meses dentro de tres días— y sé que no tengo ni el conocimiento ni la experiencia para cuestionar la sabiduría local. Ojalá el siroco ocurra solo tres veces al año. Eso espero.

Sobre la historia de los tres días tengo mis dudas. La última vez duró cuatro días y medio. Son cosas que se notan. Quiero decir, si vas por ahí inmersa en una atmósfera de cuarenta grados, con sensación térmica de cuarenta y nueve, y con un sofocante secador de pelo a tope encima todo el tiempo, te das cuenta de si son tres días o cuatro y medio.

Esta mañana, a las ocho y cincuenta y seis, ya parecía que estábamos en un horno con ventilador. No es que mire la hora cada cuatro minutos; estaba comprobando si llegaba tarde al funeral. Llegué tarde al funeral. Llegué a las nueve y cinco, para ser exactos; la ceremonia aún no había

empezado, pero la iglesia ya estaba a reventar. Un compañero de otra cabecera estaba fuera charlando con la clase media de los intelectuales locales y me advirtió de que ni siquiera tratara de entrar, porque la temperatura era insoportable. De todos modos, lo intenté abriéndome paso entre la multitud. La primera iglesia en la historia de la cristiandad donde en verano hace más calor dentro que fuera. Salí.

Me balanceo de pie desde hace cuarenta minutos y me está entrando la duda de que quizá en Palermo los funerales duren más que en Roma. Tienen esta extraña relación con la muerte, la espectacularización del dolor; si ya destacan en la cotidiana teatralidad de cualquier cosa que pueda dar pábulo a lamentaciones, figurémonos en las ocasiones especiales. Además, el difunto era famoso, un nombre relevante de la clase nobiliaria de la isla. Nunca lo conocí. Yo estoy aquí por Santo.

Hasta ahora he resistido y no me he sentado en el murete bajo de la iglesia; los autóctonos están bastante atentos a las formas y en el murete solo hay un mendigo que sujeta con una correa a un perro somnoliento. Ninguno de ellos está en absoluto intimidado por el desfile de políticos, intelectuales y periodistas. Me vuelvo hacia el coche fúnebre, que tiene la puerta trasera levantada. Sería perfecto. Sentarse allí, digo. Altura justa, relativa comodidad, la puerta haría sombra, y alrededor no está ninguna de las cerca de cincuenta personas que se han quedado fuera de la iglesia y van crean-

do corrillos de elementos intercambiables. Si hiciera menos calor, me divertiría bastante observando vestidos, gestos e interacciones y toda la vida cotidiana como representación, que diría Goffman. Palermo, desde este punto de vista, es un laboratorio extraordinario para un sociólogo. Se me están doblando las rodillas.

Decido que, si en serio estoy tomando en consideración la idea de sentarme en un coche fúnebre, entonces quizá sea hora de que me importen un carajo las formas e instalarme en el murete. En un rincón. Y ya que estoy, en este momento, tanto da encender un cigarrillo.

Dos minutos de paz. No veo a Santo desde hace meses, desde que se marchó y nos abandonó a nuestro destino. Más que nada, me abandonó a mí; los demás no han sufrido mayores consecuencias. Sobre todo los que habían llegado hacía poco, como yo. Ellos no habían establecido ningún vínculo con Santo.

Ahora bien, objetivamente, tampoco es que yo tuviera una relación profundísima con él. Es que se le puede definir como el clásico tipo de pocas palabras e interacción social tendente a cero.

Creo que la cantidad total de palabras que me dirigió en tres meses, haciendo un cálculo rápido, veamos, diría que fueron unas ochenta palabras al mes, añadamos algún extra..., más o menos me habrá dicho trescientas palabras en total. Trescientas palabras, en general, un jefe de redacción te las dice en un turno, sobre todo si llegas tarde, si no le gusta

el planteamiento que has dado al reportaje o si está de humor para contarte aquel día en Via d'Amelio cuando él y el cámara y la multitud y los policías.

A veces Santo me sonreía, un par de veces incluso lo he hecho reír. Cuando se lo conté a mi amigo montador, me miró alterado: ¿Santo se ha reído? Santo se ha reído. ¿Contigo? Conmigo.

De hecho, creo haber sido su desesperación. Siempre tan insegura sobre el planteamiento, sobre el montaje, sobre los efectos, sobre todo. No es que quisiera hablar conmigo; es que no le quedaba elección. Porque yo tenía que hablar con él.

Luego llegó el día en que se sumaron un discreto cansancio y la posibilidad de ponerse a la espera para presidir alguna institución o alguna de las fundaciones que llevan el nombre de su familia, y Santo dijo adiós. Bueno, no exactamente. Parece que no se despidió de casi nadie, muchos ni siquiera sabían que aquel era su último día. Yo, sí. Fui a verlo. Me puso las manos sobre los hombros, me sonrió y me dijo: por favor, hazlo lo peor que puedas.

Y yo siempre he seguido las indicaciones de Santo al pie de la letra.

Una ráfaga de siroco particularmente cabrona hace caer una enorme corona colocada sobre un trípode. El minicorrillo de al lado se aparta apenas a tiempo. Durante algunos minutos están todos indecisos sobre qué hacer, quieren intervenir, parece feo, es un funeral, pero esa cosa pesará una barbaridad. Luego llegan los hombres de las pompas

fúnebres y se ocupan de ello. Mueven la absurda construcción a un lado, a un metro de mí. Apago el cigarrillo, me levanto y me voy. Los observo mientras separan la corona de la estructura principal.

Me alejo. Paseo en un espacio de cinco metros. Son las diez y cuarto. Estoy jadeando. No aguanto más. Y, por fin, empieza a salir gente de la iglesia. Primero pocos, en pequeños grupos. Luego el goteo se convierte en un flujo constante. Luego sale el ataúd y lo cargan en el coche fúnebre junto con los cojines, las flores y las coronas. También la que se ha caído. De la iglesia continúa derramándose hacia fuera más y más humanidad.

Enciendo otro cigarrillo. Santo será el último en salir. El difunto era su hermano.

No sé bien por qué estoy aquí. En los funerales soy inútil. Me niego a decir las frases convencionales —ánimate estoy a tu lado ha vivido una vida bellísima te quería mucho lo queríamos mucho etcétera—, pero tampoco estoy en condiciones de decir nada más. En general, prodigo sonrisa semiabrazo besito en la mejilla mirada de participativo y conmovido dolor, y me voy.

Solo quiero verlo otra vez. No sé siquiera si quiero que él me vea a mí. Quizá no.

Un director con tono de langosta está charlando con un compañero jubilado.

—No ha querido publicitar de ningún modo los funerales.

Suspiro. Lo sé bien. He tenido que buscarlos rastreando toda la prensa local.



Pasan otros diez minutos. De vez en cuando lanzo vistazos rápidos al acceso de la iglesia. Y luego lo veo. Está fuera, en las escaleras, hablando con algunas personas. Una figura clara, alta, enjuta y recta en medio de un público que tiende a estar inclinado. Y ahora no sé qué hacer. Veo que el director salta hacia él. Lo dejo lidiando solo contra el dolor ajeno. Levanto la mirada únicamente cuando lo oigo pasar junto a mí y saludar. Santo baja las escaleras y está sobre la acera. Dentro de poco se marcharán. Me muevo hacia él. Me detengo a un par de metros, me apoyo en una moto. Si se da la vuelta y me ve y decide saludarme, estoy aquí.

Se da la vuelta. Me ve. Me sonrío. Sonrío yo también. Me gusta, todo ese celeste hielo. Es refrescante. Se acerca, un hombre lo intercepta, él le dice algo y le hace señas de que espere. Llega delante de mí y nos damos dos besos en las mejillas. Sus ojos, azules, están brillantes. No está bronceado. El pelo canoso parece más largo que la última vez que lo vi. Me pregunta, siempre sonriendo, cómo estoy. Digo: bien. Tengo los reflejos de no hacer saltar el automático «¿y tú?». Pero debo decir algo. Empiezo: solo quería. Después me interrumpo. Añado: nada. Luego sigo: es solo que. Santo, si no estuviera tan afligido, probablemente se reiría. Me toma la mano. Me da las gracias. Me dice que le complace que esté aquí. Me quedo callada, es evidente que es mejor así. Me dice: buena suerte. Me da dos palmaditas en la mejilla izquierda. Sonríe otra vez. Se marcha.

Y me voy yo también, justo tras haber establecido el récord de la absurdidad verbal funeraria: bien solo quería nada es solo que. Me felicito a mí misma.

Me detengo. Enciendo un cigarrillo. Me pregunto si puedo volver atrás y abrazarlo. Me respondo que no. Me voy y ya está. Ninguno de los colores de las personas presentes se me ha quedado impreso.

Puedo irme con el celeste de Santo.

Por otra parte, no es que irse sea algo tan sencillo. El calor interfiere con la transmisión del impulso nervioso de las motoneuronas. Yo, en efecto, apenas siento el calor y el frío; no estoy en condiciones de percibir la temperatura sobre buena parte de mi cuerpo. La valoro con otras técnicas. Por ejemplo, cuanto más me cuesta desplegar las piernas, que deben moverse una delante de la otra, paso a paso, más calor hace. A partir de los treinta y un grados se convierte en una lucha entre dos voluntades contrapuestas. Por encima de los treinta y cinco grados, corro el riesgo de un bloqueo motor. A juzgar por cómo me estoy divirtiendo caminando por las irregulares aceras del Palermo residencial de la gente bien, estamos en torno a los treinta y tres. Tengo dos grados de tiempo para llegar a casa.

Hoy es mi primer día de vacaciones. Lo he inaugurado con un funeral. Entro otra vez en servicio

el día 15. Hasta ahora he tenido suerte con el siroco: la primera vez que tuve que enfrentarme a él estaba toda la semana de turno a las cinco de la mañana; a esa hora aún se respira y se camina. Esta vez estoy de vacaciones. Preferiría evitar que alguien del trabajo me viera con un bloqueo motor; tengo la vaga sensación de haberme olvidado de decirle algo a la empresa. Por ejemplo, sí, soy profesional desde hace quince años, soy experta en cultura y exteriores, hablo tres idiomas y, ¡uy!, casi me olvidaba, quizá habría otro pequeño detalle; pero no vamos a ponernos formales por alguna neurona un poquito dañada aquí y allá.

Hago un pequeño desvío y me detengo en mi bar-pastelería preferido. Estoy deshidratada. Pido un zumo de fruta del tiempo. Los camareros ya no se asombran. No estoy en condiciones de percibir siquiera la temperatura de lo que como y bebo. En la barra están mis dos camareras preferidas, me caen bien a pesar de que tengan unos colores un poco chillones para mi gusto: una es amarillo canario; la otra, un rojo encendido vivísimo. He aprendido que los colores de las personas no los debo asociar necesariamente al carácter, y aún menos a mis gustos cromáticos, tampoco los de la música. A mí no me gusta el rojo ladrillo, pero no por eso la *Quinta* de Beethoven me desagrada, a pesar de que cuando la escucho el color predominante es el rojo, matiz ladrillo incluido.

La sinestesia se considera un trastorno neurológico. Además de ser una figura retórica. Yo me

opongo a la definición de «trastorno neurológico»; en parte porque quisiera evitar convertirme en un manual de neurología general ambulante, en parte porque no es un trastorno. Es una particularidad, digamos. Una característica. Algo. No un trastorno.

Soy así desde pequeña. Desde mucho antes del otro diagnóstico. Aquel me lo dieron hace dos años y medio, y cuando me preguntaron si alguna vez había tenido patologías neurológicas dije que no.

Porque no es una patología. Es una figura retórica, justamente. Que a veces toma forma en las personas. ¿Y qué? Aquí estoy rodeada de hipérbolos y énfasis, se chapotea en la alegoría, es el reino de los metalogismos. ¿De veras queremos meternos con una sinestesia?

En literatura, un ejemplo clásico de sinestesia son las vocales de Rimbaud; aunque nunca he entendido si hacía poesía o si las veía de verdad así. Estirándola un poco, un poco demasiado, a decir verdad, podemos meter también *El color del viento* de De André.

En neurología, es cuando un estímulo sensorial produce una reacción a otro nivel sensorial. Por ejemplo, sientes el olor del mar y te suena en la cabeza una nota musical, interacción olfato-oído. Percibes el gusto de algo y se te enciende una imagen o una forma geométrica; o ves un color y tienes la sensación de percibir un olor relacionado. Son sensaciones, no son fenómenos físicos: no ves de veras nada ante los ojos, ni sientes de verdad

nada en las orejas. Pero lo sabes. En una parte de tu cerebro se enciende algo que tiene un color preciso, y tú sabes que es eso.

Yo tengo sinestesia cromática, o al menos ese es el origen. Música igual a color. El primer acorde de la *Quinta* de Beethoven es rojo burdeos. *Plafone*, de Rocco Tanica, es azul en el teclado. En el piano asume también matices celestes, rosas y lilas.

Luego la historia, con los años, se fue complicando, o quizá simplificando. La materia está hecha de partículas, dice la física. También podría estar hecha de partículas de sonido, elementos esenciales de notas. La realidad podría estar compuesta por quarks musicales. Incluidos los lugares. Y los seres humanos. Todas las personas podrían tener su música, personal e interna. No sé si se debe a partículas de sonido o a otra cosa. La verdad, nunca he entendido por qué en un momento dado yo empecé a ver el color de las personas. En realidad no soy capaz de oír su música. Solo estoy convencida de que todos tienen una música y que, cuando resuena, se puede ver su color.

En efecto, no todos. Algunas personas no tienen color. Significa que no tienen música. Son personas extrañas. Mejor mantenerse lejos.

Estoy sentada fuera sorbiendo un zumo ACE probablemente a más de treinta grados, cuando veo que una sombra se alarga sobre mi mesa. Levanto la mirada. Un hombre alto, muy delgado, de unos

cincuenta y cinco años, con el pelo claro, ojeras y mejillas hundidas, me observa de arriba abajo.

—¿No tienes calor?

Evidentemente, no. Giuseppe, el jefe de redacción de Cultura color ocre. Al que llamo Iosif porque, apenas recién llegada a la nueva sede, decidió valorar mi nivel cultural con una cita de Brodsky para ver si la conocía. Obviamente la cita se precipitó al vacío.

—No mucho, no.

—¿Hoy no vas a la redacción?

—Vacaciones. ¿Tú?

—Entro enseguida. Me he desviado por aquí para ver si la librería de esta calle estaba abierta.

—He pasado esta mañana mientras iba al funeral del hermano de Santo. Estaba cerrada, pero quizá era demasiado temprano.

Me mira con curiosidad.

—Y ¿por qué has ido al funeral?

—Es un *hobby*. Hay gente que se va de vacaciones al mar, yo doy vueltas por las iglesias hasta que encuentro un funeral.

Iosif tiene algo bueno: es una de las pocas personas en esta ciudad que nunca se sienten ofendidas por mi pésimo sentido del humor. Porque no le importa nada, supongo.

—¿Y cómo fue?

—Hacía calor.

—¿También en la iglesia?

—Sobre todo en la iglesia.

—¿Estaba media ciudad?

—Una buena parte. ¿Tú por qué no has venido?  
Se distrae un instante comprobando el móvil,  
luego se encoge de hombros.

—Tenía otro compromiso. Ahora debo irme.  
Buenas vacaciones.

—Gracias, buen trabajo.

Mientras lo miro alejarse siento que repica el móvil. Es el tono de aviso que he elegido para el WhatsApp. Cuando repica durante la reunión de redacción creo una cierta consternación.

Me llega de un compañero una foto de los muelles del Sena. En casi un año aquí —sí, once meses dentro de tres días—, no puedo decir que haya hecho muchos amigos. Ni siquiera puedo decir que lo haya intentado demasiado. Fuera de la redacción conozco a una pareja, con ellos me llevo bien. Además, ella es médica y es la mártir que ha asumido el rollo de ponerme la inyección que me mantiene en pie.

En la empresa la situación es un poco extraña. Son personas bastante singulares.

La Adi es una cadena internacional con tres sedes en Italia: Milán, Roma y Palermo. Yo estoy centrada en llegar a la de Edimburgo. Antes trabajaba en Roma. Cuando me dieron el diagnóstico, me dirigí a un hospital de Milán con fama de ser el mejor de Europa para gente con alguna neurona un poquito dañada aquí y allá. Y pedí a la Adi el traslado, sin especificar el motivo. Me dijeron que, de momento, no había puestos en Milán, pero que si quería había trabajo en Palermo.

Una persona en sus cabales se habría quedado en Roma, más aún si pretendía acercarse a Milán. Lo sé. Mi enfermedad no implica problemas lógico-cognitivos, al menos no en muchas ocasiones ni a corto o medio plazo. Quiero decir, hace un par de años tuve una fase en la que no conseguía usar adverbios de tiempo, pero duró poco. Fue la época en la que ya casi no caminaba, pero en unos meses volví a aprender.

En la empresa dije que me había caído con la moto y pedí la baja por enfermedad. De todas formas, ahora estoy en remisión: ando bastante bien, soy capaz de usar hoy ayer mañana, y sé que, si una está en Roma y pretende ir a Milán, no pide el traslado a Palermo.

Pero entonces estaba en un periodo raro. Estaba desincronizada respecto de mí misma. Me hacía falta empezar de nuevo. Cambiarlo todo. Necesitaba otra vida. Porque ya estaba en medio de una, un poco compleja, y además con las secuelas de la anterior. Debía volver a partir de cero.

Y no estaba en condiciones, física y psicológicamente, de pedir el traslado al extranjero. Al menos, no en el sentido de fuera de Italia. Pero Palermo es lo más extranjero que he visto en la vida. Es mucho más extranjero que París, Atenas e incluso Londres. Y, a la vez, es una especie de manual de instrucciones de Italia. Es un poco difícil y un poco obvio. Palermo es un oxímoron.

De todos modos, aunque acepté el traslado a Palermo, solicité entrar en la lista para Milán. La



idea era: veamos cómo va; si va mal, pido el traslado a Milán por motivos de salud.

Desde muchos puntos de vista, va mal. Mis compañeros son una variación colorida de frustraciones y arrepentimientos. Y desconfianza. Más que motivada, he terminado por entender.

La ciudad es bellísima y es una pesadilla, es sucia y chispeante, es una suma desatinada de extraordinarias culturas diversas, con un resultado final que apenas encaja y donde casi nada funciona, y ese asunto de que el primer problema es el tráfico es muy cierto. Conducen como criminales, sin contar a los verdaderos criminales que conducen. Atravesar la calle es un desafío al destino. Todos se lanzan a joder a todos y, al no tener una concepción sólida de la idea de comunidad, es difícil que entiendan que se joden solos.

Y se lamentan. Siempre. Continuamente. De todo. Pueden caminar sin problemas, ninguna célula de su cuerpo se está desintegrando y, sin embargo, se quejan.

Fantástico. Justo lo que necesitaba. Una serie de dificultades ridículas con las que debo enfrentarme a diario, perder tiempo, recursos y paciencia, y no tener manera de pensar en otra cosa. No podía irme mejor. En serio, sin ironía. Dificultades secundarias. Distracciones. Futilidad. Supervivencia.

Por lo que se refiere a las relaciones humanas, de acuerdo, al final también en la Adi he establecido algún tipo de relación con algunos. Tal vez una

relación extraña, como paradójicamente es normal allí dentro. Pero algo. La foto que me acaba de llegar de París me la manda uno de los poquísimos amigos que tengo en la oficina, que se ha permitido unos días de vacaciones. Le respondo que estuve en el funeral del hermano de Santo. Me parece percibir que no le importa demasiado.

Vuelvo a casa, una pierna delante de la otra. Puedo hacerlo. Lo hago. En el rellano me encuentro con mi vecino de enfrente. Lo saludo educada, pero no demasiado cordial, porque de otro modo se te pega. Él saluda educado, pero no demasiado cordial, porque ha captado el mensaje. Entro en casa. El gato está tan hecho polvo por el calor que ni siquiera viene a mi encuentro, levanta la cabeza de la mesa, dice: mmm, y vuelve a dormir. Digo: mmm, y vuelvo a dormir también yo.

Hacia la una me despierto con hambre y ruedo cama abajo. Me arrastro al salón. El gato levanta la cabeza de la mesa, entiende que se come y decide que, después de todo, no hace tanto calor. Pero sí que hace tanto calor. Le lleno el tazón con la carne de una latita, compruebo el del agua, me preparo un bocata. Enciendo la tele. A esta hora está el informativo del norte.

Somos un canal de noticias, pero, con tres redacciones locales, además de la nacional, nos ocupamos también de una especie de información macrorregional. Dado que no disponemos de ca-

nales regionales, los informativos por área geográfica se emiten dos veces al día, uno a continuación del otro. A la una, el informativo del norte; a la una y media, el del centro, y a las dos, el del sur. A las siete y media de la tarde, el informativo del norte; a las ocho, el del centro, y a las ocho y media, el del sur. Creo que los horarios se han elegido teniendo en cuenta cuándo come la gente. O se han echado a suertes. Durante el resto de la jornada hay informativos nacionales normales, intercalados con espacios de análisis, temáticos y otros temas.

En realidad, a mí me gusta mucho esta programación. El hecho de que esté en exilio voluntario en Sicilia no quiere decir que no me importe lo que sucede en Roma o en Milán. Encuentro muy inteligente esto de que cada área encuentre también el informativo de las demás; a pesar de que no se trata de una aguda decisión editorial, sino de hacer de la necesidad virtud, en mi opinión funciona. De todos modos, en Milán hace mucho calor, como también en Bolonia y en Turín; parece que solo se salvan Aosta y Bolzano. A la una y media descubro que en Roma hace mucho calor, y en Florencia es incluso peor. Cuanto más se acercan las dos, más me dispongo a que me informen de que también en Palermo hace calor.

A las dos suena nuestra sintonía, veo aparecer en la pantalla a mi compañera color tierra de Siena quemada, y espero con impaciencia a que me sor-

prenda y me desconcierte con la noticia de que hace calor. Pero no. Han encontrado a otra chica muerta en la zona de la estación. Joder. Era mejor el calor.

Un cadáver hallado detrás de unos contenedores esta mañana hacia las nueve, me explica mi compañera. Las fuerzas del orden aún no han dado a conocer el nombre ni han filtrado nada sobre las posibles causas de la muerte; tampoco han revelado quién ha encontrado el cuerpo. Debía de tener unos veinte años. Y empieza la novela negra del verano, porque es la tercera en dos meses. Dad a unos periodistas la hipótesis de un asesino en serie estival y os levantarán el mundo. No somos malos, es que nos diseñan así. En verano no sucede nada. No hay economía. Poca política. Nada judicial, porque también los jueces se van de vacaciones. No hay congresos, presentaciones o conferencias. No hay fútbol, o mejor dicho, hay un fútbol inútil, hablado, no jugado, que cuando tratas de hacer información digna tiendes a evitar al máximo.

Solo quedan los sucesos. Que compensan todo el resto, porque en verano la gente está completamente loca. El calor nos vuelve agresivos y, en este punto, que se viva en un sitio de altísimo nivel de control del superyó, como en el norte, o en la desidia del ello, como en el sur, no supone una gran diferencia. A cuarenta grados a todos se nos funde el cerebro.

El problema es que funde también a los perio-

distas. Las otras dos chicas encontradas muertas hasta ahora eran sintecho. La primera nos importó un pimiento, porque era la primera. La Jefatura dijo: probables causas naturales, y no pestañeamos. La segunda despertó un poco más de perplejidad. Recuerdo la encomiable reunión en que la compañera a la que le habían endilgado el caso, que en general se ocupa de espectáculos, dijo: causas naturales. El jefe de redacción de turno, un ser humano inexplicablemente razonable, de un verde árbol bastante vivo, pero desde luego no llamativo, la miró enarcando una ceja y preguntó: ¿causas naturales? ¿A los veinte años? Y la compañera respondió impasible: pero viven en la calle, mueren de privaciones, de hambre y de frío.

Como se sabe, en verano, en Palermo, la primera causa de muerte es el frío.

Ahora bien, si encuentras a una chica que se ha escapado de casa muerta en la calle, sin signos de violencia de ningún tipo, lo que haces, muy sencillamente, es esperar a los resultados de los análisis toxicológicos. Pero no es que la Jefatura, los jueces y los forenses vengan a llamarte por el interfono de casa para advertirte que los resultados están listos; o se los pides tú o nada. Si no se los pides, tienes a dos chicas muertas de quién sabe qué. Causas naturales. Frío, con toda probabilidad.

Veo aburrida el reportaje sobre la misteriosa tercera víctima del verano palermitano, mientras sube la tensión y el miedo en la ciudad, y amas de casa cincuentonas en chancletas declaran temblo-

rosas delante del objetivo que, sí, ahora tienen miedo. Apago. Vuelvo a dormir.

A las siete, ruedo otra vez cama abajo y me meto en la ducha. Dejo correr el agua fría por la espalda y las piernas, total, no la siento. Cuando mi cuerpo se ha acostumbrado al cambio de temperatura, me desplazo del todo bajo el chorro del agua y me mojo también la cabeza, la barriga y los brazos. A nivel sensorial funciono por manchas. También mi vista es por manchas, más que nada hay una gran cantidad de bolitas esmeriladas y descoloridas en el centro de mi campo visual. También mi oído es por manchas, me faltan algunas frecuencias en el oído izquierdo. Con el tiempo una se acostumbra y el cerebro compensa, aprende a ver y oír lo mismo. En efecto, también mi cerebro es por manchas, hay bolitas descoloridas también allí y en la médula espinal. Pero no es verdad que carezcan de color. Son blancas, y el blanco es la suma de todos los colores. Por lo tanto, la suma de toda la música. Es por eso por lo que aún funciono, a pesar del neurólogo de Roma, que, cuando vio mis últimos exámenes, no se explicaba cómo conseguía caminar sin ayuda. Cambié de neurólogo y fui a Milán. Camino porque sé que no es falta de música, es solo una concentración diversa de notas, y por lo tanto de color.

Me visto. Me pongo las sandalias incomodísimas con las perlititas, total, no debo caminar, pasan

a buscarme. Me maquillo un poco. Espero. Sé que la cita es a las ocho, nadie aparecerá antes de las ocho y media. Me recuesto sobre el sofá y leo unas páginas de un libro sobre física cuántica. Divulgativo, obviamente, de otro modo no entendería ni jota. Es de Carlo Rovelli, quien ha escrito que la gran física es como la gran música. Merece ser amado solo por eso.

A las nueve menos veinte, mi amiga toca el timbre y bajo. Conduce su marido, mientras ella cuenta cosas de su trabajo en el hospital y yo observo Via della Libertà, sencillamente Via Libertà para los amigos. Es mi calle preferida de Palermo, porque, en su parte norte, la que va de la estatua hasta Notarbartolo, es un manual de historia, mientras que la parte sur, de Notarbartolo al centro, es un manual de sociología. Y yo soy una socióloga que en cuanto llegue a Milán se matriculará en Historia para la segunda licenciatura, y luego se especializará en la época victoriana y eduardiana en Gran Bretaña. A grandes rasgos, mi plan para el futuro es este. Y es el único que tengo, así que, por incierto que pueda ser, me encanta.

La parte norte de Via Libertà es una alternancia de bellísimos chalecitos modernistas y horrendas moles de los años setenta. Es decir, la concreción de aquello que en los libros de historia contemporánea se define como el saqueo de Palermo. Que no fue un descenso de los bárbaros; en realidad no

descendió nadie. Solo hubo un sagaz diálogo entre la mafia y la política local, que llevó a la destrucción de buena parte del patrimonio modernista de la zona y a la edificación de cosas que, en mi opinión, son sencillamente feas.

La parte sur de Via Libertà es mucho más ancha y reluciente. Es la clásica calle que en las tardes lluviosas de invierno refulge gracias a los escaparates luminosos de las tiendas que se reflejan en el asfalto, y a las luces que se entrevén por las ventanas de los apartamentos más caros de la ciudad. Luego, abajo, en el suelo, están los otros. Los que piden monedas delante de los supermercados de lujo. Las que mueren.

La primera de las chicas encontradas muertas pasaba los días aquí, justo delante del supermercado que está siguiendo a la derecha. Delante de nosotros, la calle termina en una gran plaza. A la izquierda, el Politeama. A la derecha, edificios en los que viven políticos y empresarios, apartamentos espectaculares de varias plantas, obras de arte dentro, y fuera balcones y ventanas que dan sobre una plaza cerrada que por las noches siempre aloja a alguien.

Palermo es así, lo mezcla todo, con demasiada sabiduría y poco espacio. En el centro es normal pasar de callejas con edificios lujosos habitados por la verdadera nobleza a callejones en que los extranjeros harían bien en no adentrarse. En los que todos harían bien en no adentrarse. Sin embargo, si los superas indemne, tal vez desemboques ense-



guida, de nuevo, en zona franca. Hace falta cautela. Y, si con toda la cautela, de todos modos, te encuentras en un espacio en el que no deberías estar, entonces hace falta la capacidad de no ver. Una virtud que los palermitanos han sabido desarrollar con excepcional habilidad. También los lugares tienen sus colores. Cuando veo sitios sin color simplemente me alejo. De algunos no te lo esperas. Es fácil valorar la escala cromática en Brancaccio y en el Zen. Pero es en otra parte donde es preciso mirar bien. O ser capaces de no ver nada.

Dejamos el coche en el aparcamiento subterráneo y subimos hasta la terraza del último piso. Este, por el contrario, es uno de mis tres sitios preferidos de Palermo. Este, la Cala y Santa Maria dello Spasimo. Puedo añadir otros, aún debo visitar bien la ciudad. Pero, por el momento, estos constituyen mi *top* tres.

Es un local que ante todo hace un excelente Aperol Spritz, y no es un detalle irrelevante. Luego también sirve un excelente sándwich club con unas excelentes patatas fritas. Y también una excelente pizza. Pero el espectáculo son las vistas. El Aperol Spritz te lo bebes asomado a la plaza San Domenico, y asomado quiere decir que tienes la iglesia, es más, la parte superior de la iglesia, a pocos metros de ti. La vista de toda la plaza. De las casas del centro, de Via Roma abajo, que se esfuman hacia las montañas. Y de las montañas, preci-

samente. De las que tiendo a no hablar porque aún no consigo recordar cómo se llaman. Es decir, por ahí, hacia el mar de Mondello, aquel es el monte Pellegrino, el santuario de Santa Rosalía, la subida, de acuerdo, lo sé, lo he entendido todo. Pero los montes del otro lado, los que tengo ahora delante, no tengo idea.

Otra característica de Palermo es que, si no tienes sentido de la orientación, no lo logras. La ciudad es alargada sobre la costa norte de Sicilia, por lo que la lógica querría que se extendiera de este a oeste o viceversa; en cambio, se ha ido fijando en una posición tal que la costa va de norte a sur, pero también al este. En consecuencia, el mar te puede aparecer delante por doquier y, si tratas de usarlo para calcular la dirección, como mínimo acabas en Agrigento. Sobre las montañas tampoco quiero expresarme: ¿era necesario tener todos estos montes desperdigados por todas partes?

—*Pavece* que *Zefiv* está en *Palevmo*.

Escupo un hueso de aceituna, Carla mira a Salvo y ríe. Luego me imita:

—¿De *vedad*? ¡Qué emoción! ¿Y cuándo ha *llevado*?

Intervengo también con ánimos de exhibir la cuarta lengua que estoy aprendiendo:

—¿Cuándo *llevó*?

—Hace *tre día*.

Zefir es el héroe local. En efecto:

—Feliz del pueblo que no necesita de héroes  
—suspira Carla.

—O que los elige algo mejor —glosa Salvo.

No tengo más que añadir. Conocí a Zefir poco después de haber llegado a Palermo. Me lo presentó mi vecino de enfrente, Gaetano, un hombre en la sesentena, cabello gris, alto, con tendencia a engordar, color cuero, que entre otras cosas es su hermano mayor. Pasamos juntos, más o menos, una tarde. Espero no verlo nunca más. Les conté aquella velada a Salvo y Carla, a los que ya no les caía bien de antes. Ahora para ellos Zefir es irrecuperable.

No me siento demasiado culpable. Zefir es irrecuperable *a priori*. Es un cantante, más o menos. Alguien que antes hacía canciones estúpidas, pero de verdad muy cretinas. Hasta que descubrió dentro de sí la vena de cantautor comprometido que, gracias a sus versos, lucha por el bien de la humanidad. Se ha convertido en un icono de la batalla del derecho a la vivienda para los sintecho, del derecho al trabajo para los parados y del derecho a todo para los *sintodo*. Una evolución musical que duró unos veinte años, en que pasó de las rimas corazón de melón a una abierta veneración, con anexa inspiración, por la escuela histórica italiana de cantautores, la de los años setenta, con un público variado en los conciertos entre quienes han evolucionado con él y quienes lo han descubierto después, en la fase comprometida. Le encuentro poca sinceridad, y aún menos color.

El problema es que es guapísimo, para quien le guste el tipo rizo rubio y ojitos descoloridos. En

una ciudad que ha tenido héroes de verdad, y que han acabado desintegrados en medio de una autopista o en los muros de un edificio o en el simple asfalto, ahora el héroe local es Zefir. Que ya ni siquiera vive en Palermo, está instalado en Suiza y vuelve solo para las vacaciones. Porque es un buen chaval siciliano.

Con un levísimo defecto de pronunciación. *Pev-dón: pvonunciación.*

Cambiamos de tema. Tratamos de organizar, a partir de septiembre, en el salón de Carla, un cinefórum que desde siempre ha sido su sueño, con la venia de Salvo.

Son una pareja fantástica. Tienen más o menos mi edad, ambos en la cuarentena, y se conocen desde que eran niños. Tienen un hijo aún pequeño llamado Nano, que Carla afronta con la ironía con que afronta todo. Es una de las personas más divertidas que conozco, porque es una representante ejemplar de mi corriente literaria preferida, el pesimismo cómico. Él es, a la vez, más dulce y más tajante, pero, por lo demás, es periodista, y crecer como periodista en Palermo no debe de ser indoloro. Los dos sumados dan un divertido color fucsia. Si los separas, están en el magenta, ella más claro y chillón, él más oscuro y profundo. Ya sé que magenta más magenta no da como resultado fucsia. Pero las personas no se mezclan sobre una paleta como los colores al óleo. Funcionan de otra manera; no sé exactamente cómo, pero de otra manera.

La velada pasa tranquila entre propuestas de

películas, sándwiches club, patatas fritas, Aperol Spritz y *gin-tonics*. En torno a la medianoche, avanzamos haciendo eses hacia el coche. Yo después de un Spritz estoy achispada, después de dos estoy borracha, después de tres estoy más o menos fuera de mi cuerpo. No aguanto muy bien el alcohol.

Me dejan delante de mi edificio y se aseguran de que consiga entrar al portal. Después parten tranquilos; saben que, de algún modo, llegaré a casa. Digo adiós con la manita hacia la calle y luego llamo al ascensor.

Es uno de esos viejos ascensores de servicio con la puerta, los batientes dentro y la maquinita de las diez liras. Ya no funciona, pero la han dejado. Me gusta, me recuerda al edificio donde vivía mi abuela en Roma.

Pulso el botón. El ascensor arranca. Me miro en el espejo.

¿Qué color tengo yo? No consigo ver mi color. Y nunca he encontrado a nadie que tenga mi tipo de sinestesia. Es una característica bastante rara, sobre todo porque en cada uno se manifiesta de una manera distinta.

El ascensor llega al piso. Sigo mirándome en el espejo. Hay dos colores que los sinestésicos podemos ver normalmente, como todos, pero que no se ven durante los episodios de sinestesia. El blanco y el negro. Porque no son colores auténticos. Por

más que sea una experiencia muy subjetiva, los testimonios recogidos por neurólogos e investigadores coinciden en el hecho de que, en general, durante una manifestación sinestésica, el blanco y el negro no se ven.

Sigo mirándome en el espejo. ¿Y si fuera por eso por lo que no veo mi color? El ascensor está detenido desde hace más de cinco segundos. Se apaga la luz. Oscuridad. No tengo acceso a la iluminación de las escaleras antes de subir y, por lo tanto, no viene luz de fuera. Estoy inmersa en el negro total.

Si no veo mi color, quizá sea porque los sinestésicos no ven el negro. Me gusta contarme que las pequeñas manchas de destrucción dentro de mí son blancas, la suma de todos los colores, de toda la música. Pero quizá sean negras. La ausencia de luz, la ausencia de color y la ausencia de sonido. Quizá no pueda verme porque ya no hay música, porque se está extendiendo la oscuridad. ¿Moriré de esto, de negro expandido, de negación de sonido? ¿Es eso lo que está pasando?

Alargo la mano. Muevo un batiente. La luz vuelve a encenderse. Salgo del ascensor. Entro en casa. El gato alza la cabeza del sofá, dice: mmm. Respondo: mmm. Se levanta y viene a mi encuentro. Le rasco la cabeza y le vierto unas croquetas en el tazón.

Estoy borracha, sí. Enciendo la tele en el canal de la Adi. Me echo en el sofá. Solo cinco minutos. Luego me levantaré, me cambiaré y me iré a dor-

mir en la cama. De veras. Solo tres minutos. El informativo nacional habla de la chica encontrada muerta en Palermo. Enfoco la pantalla. Le han dado un nombre y un rostro. Se llama Romina algo. No lo había oído nunca. El rostro, en cambio, trato de verlo lo mejor posible, hago eslabon entre las manchas de blanco de mi retina, por la tele pasan las habituales fotos tomadas de las redes sociales de la víctima. Ahora está de moda hacer eso. Yo nunca lo he hecho.

Ya la he visto. No sé quién es, no consigo reconocerla, pero de veras creo haberme cruzado con ella. O quizá se parece a alguien. O quizá solo estoy borracha. Nunca reconozco a las personas de las fotos y los vídeos si no las he visto antes, pues las fotos y los vídeos no restituyen el color de la música. Y si no veo el color, no reconozco a nadie.

Estoy cansada. Ahora me levanto y me voy a dormir, solo un minuto. Mi compañera está diciendo que tenía veinte años. Que no era una vagabunda como las demás, no tiene nada que ver con los otros dos casos. Asistía a un instituto de moda y diseño. Y, sobre todo, no ha muerto de causas naturales. Bah, si es por eso tampoco las otras dos, pienso con los ojos cerrados. Ha sido estrangulada. Romina. Romina algo, que en alguna parte debo de haberla conocido.

Pierdo contacto con el audio de la tele. Me deslizo en el sueño. Me aparece una imagen un instante. Una chica muy guapa, en una noche de invierno, en una acera. Vestida de negro, sensual y

elegante. Hace mucho frío, pero ella no lo siente. Tiene una botella en la mano, sonrío. Es un color muy intenso. Esa chica tiene el color oscuro del vino tinto cuando te mancha los labios. O de la sangre en un labio partido.

Trato de entender dónde estamos, con quién. Trato de entender quién es. Estoy muy cansada. La pierdo. Oscuridad.